

# HACIA UNA EPISTEMOLOGIA DEL DESCUBRIR

*Horacio Cerutti Guldberg*

La actual discusión sobre el sentido del Quinto Centenario tiene diversos niveles que conviene distinguir. Para los fines de mi exposición, me propongo diferenciar dos posiciones gnoseológicas: la realista y la idealista. Pero, antes de entrar en detalle, es necesario consignar que la discusión misma muestra la validez de las palabras del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez cuando señala que es posible "sufrir por la teoría". Este es un sufrimiento que se constata histórica y contemporáneamente. Se sufre por la teoría cuando es impuesta y no responde de modo pertinente al contexto en el que se genera. ¿Cómo dejar de sufrir? Sólo mediante un trabajo teórico, reflexivo, que permita construir la teoría adecuada a las tradiciones, demandas sociales e intereses en juego; una teoría más veraz en su valoración.

De vuelta al debate, debemos distinguir entre las posiciones que se enuncian en términos de descubrimiento, encuentro, tropezón, encubrimiento, genocidio, conquista, destrucción, invasión, etcétera, como expresión de un realismo en lo que se refiere a la concepción del conocimiento subyacente. En estas posiciones, la percepción es modelada conforme a las expectativas que se tienen de la realidad, lo que se espera de ella, que sea o que deba ser. En otro nivel, cualitativamente distinto, se ubica la posición de la "Invención de América". Esta es clara y explícitamente una posición idealista en la cual el concepto crea la realidad; crea las condiciones mismas de posibilidad de una percepción de la realidad.



En esta reflexión pretendo relacionar íntima y sistemáticamente la historia y la filosofía; la historiografía y el filosofar. Nuevamente, Gustavo Gutiérrez nos recuerda: "...no vale la pena hacer historia para quedarse en ella". Hay que ir más allá, filosóficamente más allá hacia el mundo siempre cuestionante y misterioso de la alteridad; un mundo de claves enigmáticas para el que se atreve a internarse en sus sendas perdidas. En este respecto, resulta interesante anotar que planteamientos relativamente recientes, como los de Tzvetan Todorov, ignoran el desarrollo cuidadoso efectuado desde la ética por la filosofía de la liberación latinoamericana en las últimas dos décadas. Una muestra más de la marginalidad de nuestra producción intelectual o del descuido de los académicos destacados por repensar junto con nosotros y reconocernos como sujetos de producción teórica y filosófica. Resulta interesante, por eso mismo, desandar algunos pasos en esta tradición filosófica muy reciente en nuestra América, como intentaré hacer un poco más adelante.

Antes, debo exponer algunos otros parámetros que hagan accesible este esbozo de reflexión en curso. Se hace necesario no eludir una

dimensión que promete ser fecunda: la de los archivos de lo imaginario; lo imaginario de la diferencia, que no es equivalente a la exterioridad, como bien lo ha mostrado en un trabajo reciente Ofelia Schutte, pero que se asienta en nuestro saber existencial y corporal, como insiste Arturo Rico Bovio. En especial, el espacio urbano institucionalizado aparece como el espacio mítico que modela la percepción de la realidad. Un ejemplo ilustrativo de esta fuerza o potencia modeladora lo brinda Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*, y más directamente referido a las ciudades latinoamericanas, el volumen organizado por Rosalba Campra: *La selva en el damero*.

En lo que sigue, mi argumentación girará en torno al primer nivel ya señalado de la discusión: las posiciones realistas. Trataré de avanzar en una epistemología del descubrir, dejando para otra ocasión la del inventar.

Por epistemología entiendo el estudio de los modos de producción del conocimiento científico, de sus condiciones, formas, virtualidades, reproducción, modalidades de legitimación, relaciones de poder. El estudio de cómo se conoce. Esto implica preocuparse tanto por el contexto de justificación como por el de descubrimiento y este mismo es el tema de reflexión. La interrogación inquiera tanto por la legitimidad del proceso de conocer cuanto por la científicidad o aceptabilidad de los resultados.

Por descubrir entiendo un apocalipsis, una revelación, un quitar el velo, destapar, develar lo que ya estaba ahí. Esto último, concebido como un objeto pasivo, desnudo después de quitado el velo que lo cubría; desnudado por el acto ajeno, siempre ejercido con cierta violencia en contra del originariamente vestido. Su plenitud, la de lo pasivo, se postula como alcanzable y exhibible sólo mediante el acto de develación. Su plenitud es su desnudez. La conquista se consumará así en la posesión del nombrar lo nuevo con lo viejo: Nueva España, Nueva Granada, Nueva York, etcétera. El descubrimiento se revela así como el sujeto agente del conocimiento, el que nombra, el que dota de ser al que estaba como en potencia, en el mejor de los casos. Por medio de este acto de conocimiento, desde lo conocido se encubre lo que aparece. Este acto ahoga la novedad real o virtual del objeto reducido a la pasividad o percibido como pasivo. En el momento mismo de descubrir envuelve y encubre lo novedoso para hacerlo aprehensible y cognoscible. Por tanto, en verdad, nunca hay una desnudez plena de lo objetivado. Este sale —metafóricamente— de un encubrimiento para caer en otro. Incluso, ese encubrimiento es reproducido por el mismo objeto (sujeto objetivado)

que asume o introyecta la visión del Sujeto (con mayúsculas), dominador activo, agente, conquistador o descubridor, colonizador o civilizador o, diríamos hoy, "democratizador"...

Al tomar consciencia de esta situación y desear abrirse a lo nuevo, se produce un doble movimiento que conviene consignar. Por una parte, se concibe esta relación al modo del esquema amo/esclavo hegeliano. Por la otra, se propicia una intervención ética, no espontánea sino de limitación o control de la actitud espontánea. Esto es lo que ha preparado la filosofía de la liberación. Se trata de permitir, mediante la denuncia ética de una situación de opresión intolerable, que el Otro sea, que se manifieste o exprese. Es ésta, en





suma, una intervención ética en la cotidianidad. Esta "solución" siempre me ha parecido insuficiente. Primero, porque sólo quienes comparten esta posición, los que ya antes estaban de acuerdo, aunque fuera confusamente, aparecen obligados a esta "opción" ética. Segundo, porque no me parece que responda a cómo son en verdad las cosas aun cuando esta última afirmación se asiente en un hiperrealismo.

¿Por qué no volver a reflexionar sobre ciertos aspectos que la fenomenología ayudó a poner sobre el tapete de la discusión? Su énfasis en ir a las cosas mismas y su empeño en describir lo que se capta muy bien podría colocarse en paralelo con los desvelos de la actual historia narrativa.

En la tradición fenomenológica, la percepción es concebida como el trasfondo o el horizonte donde emergen y se destacan todos los actos. Es el supuesto y la condición de posibilidad misma del actuar. La percepción irrumpe en el mundo para alterarlo. Su violencia desordena ordenadamente, un poco al modo del principio de indeterminación de Heisenberg. Al percibir se realiza un acto de fe que implica una dimensión futura de lo todavía no percibido, pero que se supone se percibirá. Esta dimensión integra la percepción presente y cumple un papel fundamental en la percepción del Otro. Siempre esta percepción se funda en un acto de fe, de confianza adelantada, como cheque en blanco. La percepción se constituye en el fundamento originario del hombre en el mundo y que éste ejerce a través del propio cuerpo. El hombre aparece en esta tradición, tanto en Husserl como, por ejemplo, en Merleau-Ponty, como un sujeto monádico que percibe objetos. Para percibir al Otro debe construir un artificio: la intuición analógica, postulada críticamente por Merleau-Ponty, pero sostenida fuertemente por Husserl. Esta modalidad de plantear la cuestión aparece a mis ojos



como una reducción de la experiencia originaria; aquella del niño-feto en el útero materno; la de un nuevo ser que se inicia como prolongación corporal del Otro. La ruptura del cordón umbilical es el corte y la separación de ambos cuerpos. Es, por tanto, la interacción con el Otro la que inicia, moldea y organiza la propia percepción. La experiencia fundante es la percepción del Otro, primero como genitivo subjetivo y después, como genitivo objetivo: es por la Otra que percibo a través de su percepción, y es a la Otra a quien primero percibo. Aquí interesa recordar el ejemplo que utilizó Augusto Salazar Bondy para hablar de la relación de dependencia sin dominación: la relación materno filial.

Por lo anterior, es posible afirmar que la distorsión en la percepción del Otro conduce a todos los genocidios. Su naturalización, cosificación, deshistorización o geografización lo anulan en su condición de Otro y lo hacen susceptible de ser aniquilado sin escrúpulos de conciencia.<sup>1</sup>

Si fuera válida esta tesis de la relación fundante con el Otro, de la percepción del Otro como primera percepción, cabría pensar en el camino de la corrección de las propias percepciones. Estas se corrigen entre sí, las de uno con las de otro. Así, es posible hacer avanzar el conocimiento. Nunca estamos fuera de las percepciones, y la comunicación con el Otro permite que —metafóricamente hablando— de modo paternal, maternal o fraternalmente, uno mismo sea corregido. La apelación aquí no es al *logos*, aunque no se lo excluye, sino a la experiencia que permite corregirlo. Es un NO rotundo al *logos* eurocéntrico, occidentalocéntrico,

logocéntrico, egocéntrico y, si se me permite, perceptocéntrico para abrirse a la *otra historia*, a un apocalipsis del futuro ilusionado para desilusionar y reilusionar. Es, si se quiere, una forma utópica de nostalgia del futuro, aquella de Carlos Fuentes en su épica vacilante o... novela...

En fin, cabe interrumpir aquí estas inconclusas reflexiones iniciales con aquellas palabras que Marco Polo le dijo al gran Kublai Khan en la versión de Italo Calvino:

*El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.*

<sup>1</sup> Cfr. la larga tradición de tergiversación de América estudiada por Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo*.